SIC VENEZUELA
Revista Venezolana de Orientación

CARACAS
APARTADO 628

AÑO 18 - N· 171
ENERO, 1955

EL VERTIGO DE LA PROSPERIDAD

La prosperidad económica de Venezuela es hoy objeto de interés y comentario mundial.

El viajero venezolano queda sorprendido al encontrar en cualquier nación de Europa personas de toda clase social, que desean emigrar a Venezuela. Se puede hablar con justicia de una nueva versión de la Leyenda de El Dorado.

Existe igualmente una oferta de emigración de capitales europeos y norteamericanos, que aspiran a colocarse en nuestra naciente industria, sobre todo siderúrgica.

Nuestros vecinos más inmediatos y menos afortunados hablan de nosotros con cierta ironía, motejándonos de ricos nuevos.

Esa ironía puede estar salpicada de alguna motita de envidia; pero la verdad patente es que Venezuela, en un mundo lleno de estrecheces, descontroles y angustias económicas, vive días de inusitada y envidiada prosperidad. Y la prosperidad es un camino encumbrado, azaroso y precipitado, donde fácilmente se padece de vértigo. "No todos tienen la cabeza para andar en alto", dice el refrán, que es sabiduría del pueblo. La prosperidad debe agradecerse a Dios e implica peligros y supone deberes, sobre los cuales es justo meditar, precisamente para no perder la cabeza y conservar la capacidad de mensurar con justeza la dimensión de las cosas propias y ajenas.

Advirtamos, como punto de partida de nuestras reflexiones, que la prosperidad de Venezuela es doblemente peligrosa. Primero, porque no procede, como aconteció en Inglaterra y Alemania y sucede tal vez en Estados Unidos, de un progresivo y largo esfuerzo, para lograrla y conservarla. La prosperidad de Venezuela llegó, hace un cuarto de siglo, de súbito milagro con la explotación petrolera, y lleva visos de consolidarse por algún tiempo con el hallazgo de otras riquezas mineras: hierro, oro, manganeso, bauxita, uranio... Nuestra prosperidad se parece mucho a la fortuna repentina de un primer premio de la lotería. Es bien sabido que no siempre hace feliz al beneficiado.

En segundo lugar, nuestra riqueza beneficia directamente al Estado. No se trata de una nación rica por la suma de la prosperidad económica de los particulares. Puede definírsenos exactamente como: Un Estado rico y un pueblo pobre. Lo cual entraña singulares peligros y muy difíciles deberes para los encargados de la administración pública, pues la centralización excesiva de la riqueza en el Estado nos coloca en la clara dirección del Estado socialista.

Los peligros de la prosperidad.-

Pudieran señalarse entre los más inmediatos la propensión al derroche y al lujo, vinculados a cierta vanidad ingenua y al exhibicionismo. Este peligro es igualmente manifiesto en los individuos y en las colectividades repentinamente enriquecidas.

Una revista extranjera exhibió en cierta ocasión, como caricatura de los contrastes de Caracas, la foto de un rancho mísero de nuestros cerros con un flamante automóvil, a la puerta. Pudiera añadirse, en algunos casos actuales, la pincelada de una antena de televisión. Hay derroche de vestidos de París, de viajes al Exterior, de auto nuevo por año, de festivales con torrentes de licor, de anuncios luminosos, de regalos, de baratijas...

El propio Estado, que es el verdadero rico en Venezuela, puede pecar en este aspecto y dejarse vencer de la tentación de realizar obras más vistosas que útiles, y sobre todo duraderas, de fomentar la vida parasitaria multiplicando los puestos burocráticos; de derrochar en propagandas políticas las riquezas fácilmente habidas de las rentas del petróleo. En los tiempos de Acción Democrática delató el hecho con acerada pluma el ex-ministro medinista, Arturo Uslar Pietri, en artículos valiosísimos de prensa, que coleccionó en la obra: De una a otra Venezuela. Sería injusto reconocer que en este aspecto el último quinquenio ha sido de franca rehabilitación: el plan de vialidad, Turén, la represa del Guárico, el plan hidroeléctrico, la protección a diversas industrias, el mismo acelerado ritmo de las realizaciones... comprueba que Venezuela inicia una era nueva de mayor madurez y que piensa seriamente en obras de utilidad básica y permanente. Pero la tentación de exhibicionismo no ha desaparecido, y está bien delatarlo y hacer oír un toque de alerta.

Otro de los peligros de la prosperidad es el exacerbamiento de la imprevisión. Exacerbación, ya que la naturaleza pródiga y fácil del trópico fué siempre poco propicia a los hábitos de ahorro. La carencia de una estación invernal, dura e improductiva, la facilidad de resolver en zona cálida los problemas de vestido, habitación y alimento... crean generaciones manifiestamente imprevisoras; y es evidente que lo fueron ya en Venezuela las que nos precedieron.

Pero la prosperidad económica agudiza ciertamente esta enfermedad social. La historia, maestra de la vida, lo comprueba en el colapso de todos los grandes imperios, y tiene un ejemplo-tipo en el enervamiento del ejército de Aníbal en las delicias de Capua. En la prosperidad hay dinero fácil, que se va tan fácilmente como viene, porque ha costado poco y no atormenta el desprenderse de él. Hay confianza en el próximo negocio, en el puesto oficial, en la generosidad de los préstamos...

Otro gravísimo peligro de la prosperidad es la inmoralidad. Siempre fué amigo peligroso el dinero; doblemente peligroso en manos de un joven inexperto. Otro tanto cabe decir de los pueblos jóvenes e inexpertos.

Es bien conocido el hecho de la repugnante inmoralidad que se desencadena en las poblaciones próximas a una explotación minera, recién iniciada. No es inexacto considerar a toda Venezuela —predilecta de la emigración mundial— expuesta a un fenómeno similar. Inmoralidad en los negocios, en la administración pública, en las diversas formas de la trata de blancas, en la crudeza de los espectáculos, en la disolución de la vida hogareña, en la procacidad y exhibicionismo del vicio, en el refinamiento de las perversiones sexuales, en la suplantación del valor de la honorabilidad y honradez por el de la viveza.

No pretendemos hacer una acusación; delatamos un peligro, que es universal y puede tener reflejos fatídicos en la próspera nación: digamos con Benavente, "en la ciudad alegre y confiada" que es hoy Venezuela.

Por eso nuestra prosperidad milagrera viene a crear gravísimas responsabilidades en los conductores del pueblo: intelectuales, educadores, sacerdotes y gobernantes.

Indicios agudos de que la prosperidad puede acarrearnos el enervamiento y degeneración de las próximas generaciones, pueden señalarse con impresionante facilidad. Tan a la vista se delatan ya.

¿De qué hablan, cuáles son las preocupaciones de nuestros jóvenes? ¿Qué ideología profesan nuestros profesores y maestros? ¿Qué clase de propaganda se hace de nuestros espectáculos? ¿Qué música se oye en nuestras radios? ¿Qué bailes se prefieren en nuestras reuniones sociales? ¿Cuál es la proporción de

los divorcios? ¿Qué moral predomina en los negocios?. ¿Qué opinan nuestros varones de la fidelidad conyugal? ¿Progresa o se contiene la plaga del alcoholismo? ¿Qué clase de inmigración nos llega de Europa? ¿Porqué se trabaja en los días festivos?...

Este cuestionario entraña sin duda un enfoque negativo. No negamos, que Venezuela está utilizando su prosperidad, al menos en parte, en campañas nacionales de benéficos resultados. Las campañas sanitarias, sobre todo contra la malaria, la tisis y la desnutrición; el desarrollo de la vialidad, de la producción agrícola, de la producción industrial autónoma; la construcción de viviendas populares...

Pero esos aspectos, ciertamente luminosos, afectan sólo a la vida material. ¿Progresa armónicamente nuestra vida espiritual?

Pregunta inquietante y cargada de trascendentales resonancias.

Se nos responderá que se están construyendo bellísimas concentraciones escolares, que se protegen las academias de cultura y de arte, que progresa la grandiosa edificación de una Ciudad Universitaria.

Algo valen, si hemos de ser justos, estas realizaciones. Pero todavía quedan en el terreno de lo material. ¿Se hace igual esfuerzo para orientar las mentes, para formar los espíritus? ¿No progresa la mentalidad marxista en grandes sectores de las normales y de los liceos?

Nada valdrán las magníficas concentraciones escolares, si los maestros tienen ideas materialistas y se favorece la corrupción de los jóvenes con la coeducación. Nada vale enseñar química sin con ella se van a construir bombas destructoras, explosión del odio de las almas. Incluso poco serviría enseñar a leer, si la cultura escasa e inmadura del pueblo se ha de nutrir de lecturas inmorales y desorientadas.

La propia Iglesia debe enfrentarse al gravísimo problema que nace de la vertiginosa transformación de la vida venezolana. ¿Avanza la educación e instrucción religiosa del pueblo cristiano al compás de ese ritmo renovador?

Venezuela progresa vertiginosamente en el orden material. Sería insensato y suicida olvidar su educación espiritual, ya que ello equivaldría a construir, sin advertirlo, la magnífica mansión de un mundo materialista del futuro.

M. A. E.

La Revista **SIC**

desea a sus colaboradores, suscritores

y amigos

un venturoso año 1955